

CVADERNOS
del
CONSEJO
de
MONVMENTOS
NACIONALES

2

IGLESIAS y CAPILLAS
COLONIALES EN EL
DESIERTO DE ATACAMA

por

Roberto Montandon

SANTIAGO DE CHILE

24.16
764i
1

ROBERTO MONTANDON

IGLESIAS Y CAPILLAS
COLONIALES EN EL
DESIERTO DE ATACAMA

2

INTRODUCCIÓN DE
EUGENIO PEREIRA SALASCUADERNOS DEL
CONSEJO DE MONUMENTOS NACIONALES

TIRADA DE 500 EJEMPLARES

DERECHOS RESERVADOS
INSCRIPCIÓN
BIBLIOTECA NACIONAL

IMPRESO Y HECHO EN CHILE
PRINTED AND MADE IN CHILE
IMPRESA UNIVERSITARIA

INTRODUCCION

Tierra histórica de los primeros contactos chilenos entre las fuerzas invasoras de España y las tribus aborígenes, Atacama forma una área cultural de importancia debido a sus características originales. Es una especie de Tíbet diminuto en que el paisaje desolado del desierto envuelve a los hombres y a las cosas en un velo de sobrecogedora grandeza.

Por allí pasó Diego de Almagro, el Adelantado, en 1536 y acamparon las huestes de Pedro de Valdivia, en esas semanas de Junio de 1540, precursoras de nuestra nacionalidad. Ascendió Valdivia, con sus enganches de conquistadores, por la orilla sur del río Loa hasta levantar campamento en esa Chiu-Chiu indígena que de inmediato castellanizaron, Atacama, la chica. Pronto, en hazaña personal, Valdivia avanzó hasta el gran oasis de Atacama, la grande, cristianizada San Pedro de Atacama.

«Una doble y grata sorpresa— escribe un historiador— experimentó el jefe español al escalar la montaña, término de esta jornada. Tenía ante sí el hermoso espectáculo de un riachuelo de agua exquisita, bordeado de lozana vegetación, el cual, después de fecundar los ayllus siempre verdes de este apartado vergel, se consume en dilatada llanura, cubierta hasta donde alcanza la mirada, de una capa brillante de secreciones calcáreas que a los reflejos del sol poniente semeja a un océano inconmensurable y fantástico. En las laderas de las abruptas montañas, se veían los pequeños caseríos de una raza enérgica y agricultora». En adelante, durante el período colonial, sería Atacama, tierra de paso, el «despoblado», donde los pueblos del «Likanantai», pequeños y semejantes a los de las demás tribus andinas, siguieron practicando su tipo de vida agrícola y

pastoril en los oasis benignos y en las ingeniosas terrazas escalonadas. En 1.632 habitantes calcula el Virrey Manso de Velasco la población atacameña en el siglo XVIII.

Activos comerciantes, los indios atacameños mantuvieron sus conexiones con las zonas marginales, llevando al lomo de sus tropeles de llamas, los productos de su ingenio, agudizado por el medio ambiente hostil.

De su historia espiritual, algún día una prolija rebusca en los archivos eclesiásticos de su jurisdicción, permitirá agregar los nombres de aquellos misioneros que en su labor de catequesis ganaron el ánimo de los atacameños a las formas religiosas cristianas. Pero, además de las fechas de 1611 para la parroquia de Chiu-Chiu y 1557 y 1733 para San Pedro de Atacama, poseemos un precioso índice psicológico en estas iglesias y capillas que a continuación describe el señor Roberto Montandon. Es toda un alma encerrada en los elementos de una curiosa arquitectura.

El siglo XIX, con sus mezcladas curiosidades de orden científico, técnico o económico, estableció contactos más permanentes con estos pueblos aislados. Exploradores geográficos del tipo de un Rodolfo Amando Philippi (1853), Alejandro Bertrand (1884), Francisco San Román (1892), esos que como escribe uno, eminente entre ellos, Isaiah Bowman (1913), «dirigen su marcha a tierras lejanas por hacer descubrimientos más allá del dominio de la vida habitual», estudiaron las peculiaridades del suelo, clima y vegetación.

La mirada del arqueólogo y del etnógrafo,—Max Uhle, Montell, Ryden y Bennet entre los extranjeros; Oyarzún, Latcham y Greta Molsny entre los chilenos,—descubrió las formas primitivas del pasado pre-colombino de estos pueblos, describiendo sus pretéritas antigüedades y costumbres.

Quedaba todavía ignoto el mundo del arte que había resultado de la adecuación de los estilos hispánicos a las necesidades primordiales de este medio geográfico peculiar.

El Consejo de Monumentos Nacionales, deseoso de dar a conocer

los tesoros artísticos que encierra el dilatado territorio nacional, destacó al señor Roberto Montandon para que en repetidas expediciones a estas zonas, todavía poco accesibles, estudiara, a la vez que las capacidades y características constructivas de las colectividades atacameñas pre-incaicas, la voluntad estética que hizo levantar esas construcciones, que muestran sus perfiles coloniales en el paisaje hosco, iglesias y capillas que llaman con sus campanas acogedoras al recogimiento espiritual.

El señor Montandon siente profundamente la belleza de estos templos y ha captado en acertadas fotografías los detalles originales, comentando con reveladora espontaneidad el sentido estilístico y conceptual de las líneas arquitectónicas y del contenido ornamental.

Atacama, a la luz de este señero *Cuaderno*, se destaca como una área en que la «criollización» de las formas artísticas, indican una transición estilística que separa dos vertientes culturales bien marcadas en el campo de la historia del arte colonial.

EUGENIO PEREIRA SALAS.

IGLESIAS Y CAPILLAS COLONIALES EN EL DESIERTO DE ATACAMA

1

EL AMBIENTE GEOGRAFICO Y LOS PUEBLOS

Durante siglos, la vida en el desierto donde hoy se extienden las provincias de Tarapacá y de Antofagasta, se concentra en el borde oriental de la llanura desértica, especie de valle central alto que corre de norte a sur, entre las cordilleras de la Costa y los primeros contrafuertes de los Andes. Con excepción de Arica y de sus dos valles vecinos: de Azapa y Lluta; de la Quebrada de Camarones que llega al Pacífico drenando las aguas de la alta cordillera; de algunos puntos del río Loa en su largo trayecto a través del desierto y de dispersos núcleos, en la costa, de indios pescadores y recolectores cuya permanencia los trabajos de exploración han revelado en Pisagua, Mejillones y Paposo principalmente, la vida indígena precolombina y posteriormente la vida colonial, se desarrollan hasta el siglo XIX, únicamente en la región subandina entre los 1.600 a 4.000 mts. de altitud y a una distancia media del litoral de unos 100 hasta 200 Kms. en línea recta. Esta zona, faja longitudinal que corresponde al sector occidental de nuestra cordillera, recibe, a la vez que las lluvias de verano (tropicales), los ríos alimentados por los deshielos en las altas cumbres y cuyo caudal, a excepción del Loa engrosado por varios tribu-

tarios andinos, es absorbido por el regadío de los oasis o se pierde por filtración a la entrada del desierto integral que extiende su colosal frente de mil kilómetros.

En la provincia de Antofagasta, la zona favorecida por las escasas lluvias estivales que mantienen la magra vegetación xerófita y algunas vegas salobres de pastoreo en las altas mesetas, y que, además, recibe las aguas de los riachuelos cordilleranos, dando lugar a la formación de oasis y de áreas de cultivos, comienza al margen del gran desierto, a los 2.300 mts. de altitud. Si tomáramos a Calama como centro geográfico de esta zona subandina y andina, trazáramos dos rumbos que corresponden a los dos grandes sectores donde las características climáticas e hidrológicas anotadas más arriba, han permitido el desarrollo de la vida indígena prehispánica y la vida colonial en el desierto de Atacama: hacia el NE., la hoya del curso superior del río Loa y de su principal tributario, el río Salado, y hacia el SE., la dilatada región de la baja Puna, atravesada por pequeños y escasos cursos de agua (quebradas) y que remata hacia el Oeste, en el Gran Salar de Atacama.

En su viaje de regreso, don Diego de Almagro tomó la ruta del desierto y el Capitán don Pedro de Valdivia, desde Arica, siguió esa misma ruta casi sin variantes, saltando de oasis en oasis y procurando no apartarse del Camino del Inca, en cuyo trazado los indios buscaron a la vez que la vía más corta, la unión entre los lugares poblados y las aguadas.

Es así como Pedro de Valdivia, a comienzos del año 1540, llega a Calama desde Quillagua, y encontrando ese lugar demasiado vegoso, desabrigado y de aguas inapropiadas (en Calama las aguas del río Salado descomponen las aguas del Loa), remonta a unos 40 kms. hacia la cordillera, hasta Chiu-Chiu, que los españoles denominaron Atacama la Chica. Tras unos quince días de descanso, sigue su camino hacia Atacama la Alta, hoy San Pedro de Atacama, donde permanece alrededor de dos meses; allí recibe el refuerzo de veinticinco hombres al mando de Francisco de Aguirre.

Desde Atacama la Alta hasta Copiapó, la columna pasa por Toconao, Aguada de Carvajal, Ciénaga redonda (frente a Peine), Tilopozo, Aguada de doña Inés, Aguada de Chañaral, Mineral del Inca..., es decir llevando el rumbo del Camino del Inca.

Un error comúnmente aceptado, excepto entre los historiadores y estudiosos, pero que no resiste el más mínimo análisis, atribuye a Pedro de Valdivia la fundación de San Pedro de Atacama. La larga estada de Pedro de Valdivia en Atacama la Alta obedeció a una necesidad: la de reponer gentes y caballares. Su objetivo, la conquista de Chile, era para

él de tal importancia que no iba a fraccionar la columna o levantar edificios en tierras que no estaban dentro de su jurisdicción cuyo límite norte lo fijaba el valle de Copiapó (160 leguas al sur del Cuzco).

La escasez de documentación en Chile tocante a la fundación de pueblos en los desiertos de Atacama y Tarapacá, no permite precisar formalmente la fecha próxima de los primeros ensayos en asentar poblaciones españolas en los oasis de la región subandina. La ruta de los oasis fué utilizada desde la conquista formal de Chile, como vía de comunicación terrestre entre esta Gobernación y el Virreinato del Perú y podemos suponer la radicación paulatina de pequeños grupos de españoles, paralelamente con los primeros intentos de los misioneros en instalar en las poblaciones indígenas de cierta densidad, doctrinas de indios, hecho que ocurre ya a fines del siglo XVI. Creemos más bien en una catequización de los grupos aborígenes, núcleos que forman el embrión de los nuevos caseríos, cuyos ranchos de piedra y barro que evidencian la influencia occidental, se agrupan en torno a la capilla de misiones. La llegada del escaso elemento europeo, se verificaría más tarde.

Esta vía histórica, ruta tradicional de las conquistas de Chile desde Tupac Yupanqui y que atraviesa una de las regiones más hostiles y ásperas del mundo, aseguraba en los primeros tiempos de la colonia la continuidad de las comunicaciones entre Chile y el Perú, supliendo con su huella inhóspita, las interrupciones de un tráfico marítimo inseguro.

Una consecuencia del ambiente geográfico unida a la limitada superficie de los predios de cultivos, informan la vida en las colectividades agrarias del desierto de Atacama; la vida es dura, pobre, avara. El fraccionamiento de la tierra que conduce a un sistema casi comunal, no da lugar a la formación de propiedades de importancia, llevando ello a una distribución parsimoniosa de los recursos, y ningún descubrimiento minero importante, vino a cambiar el panorama económico colonial de ese sector habitado desde el desierto. La extrema lejanía de los centros poblados, agravaba aún más una situación desventajosa.

Durante el período colonial, los oasis del desierto de Atacama llenan la función de postas en el largo camino que unía Santiago a Arequipa y Lima y la vida activa se limita al cultivo de los «ayllos» por los indígenas descendientes de las raza atacameña o cunza—agricultores por tradición—, por algunos mestizos y unos pocos españoles. No hay constancia durante ese período, de que la explotación minera haya participado en una escala interesante, de las actividades humanas. Las desconcertantes distancias a través de un desierto agresivo y hacia un litoral sin puertos, confirman el hecho. La vida minera activa entre los grados 22

y 25 L. S. comienza en el siglo XIX y más positivamente con el descubrimiento del mineral de plata de Caracoles y del salitre. No obstante, el puerto de Cobija conocido desde antiguo—lo citan Frézier (1712), Jorge y Juan Ulloa (1744),—y que fué habilitado como puerto de importación y exportación de Bolivia por decreto de Bolívar de 28 de Diciembre de 1825 (con el título de La Mar), debió haber embarcado algunas barras de metales, sin duda procedentes del Altiplano.

Como lo hemos señalado más arriba, la zona de los oasis y quebradas cultivados entre los grados 22 y 24, puede dividirse en dos sectores, cuyas características climáticas son similares, con excepción de los lugares situados a una altitud superior a los 3.000 mts., donde las temperaturas nocturnas influyen desde luego las condiciones ambientales relacionadas con los cultivos. Esta división responde también a su posición geográfica con respecto a las regiones limítrofes orientales.

El primer sector comprende la hoya del río Loa y de su principal tributario, el río Salado. Fué desde los tiempos precolombinos una región de tránsito entre el Altiplano y la Costa, residencia de los indios pescadores y recolectores. Comunica esta hoya con el Altiplano boliviano a través de los pasos de Ollagüe, Silabala y Linzor.

En los profundos y angostos valles andinos abiertos en tajo por el río Salado y sus afluentes, se levanta desde la aparición de las primeras misiones, en el siglo XVII, los actuales caseríos de Toconce, Ayquina y Caspana, en el mismo asiento de los pukaras preincaicos. En el margen E. de la gran meseta desértica central, en la confluencia del Salado con el Loa, la Chiu-Chiu colonial ocupa un lugar vecino a la Chiu-Chiu prehispánica.

La existencia de Calama rodeada de unas mil hectáreas de terreno de regadío y de vegas, remonta a la prehistoria. Durante la colonia, sus vegas fueron aprovechadas como tierra de pastoreo para el ganado de Chiu-Chiu. No se observa en Calama la presencia ni restos de iglesias o capillas, anterior a su existencia como pueblo organizado allá por el año 1870, fecha del descubrimiento del mineral de plata de Caracoles.

El segundo sector corresponde a la hoya del Gran Salar de Atacama y se fracciona en hoya del Río Grande y en la Baja Puna, faja que corre a lo largo del Gran Salar en su margen oriental. Esta hoya comunica con la puna argentina a través de los pasos de Guatiquina, Incahuasi y Socompa. Su principal villa es San Pedro de Atacama, antigua agrupación de ayllos que remonta a los tiempos pre-incaicos.

A lo largo del Gran Salar, allí donde rematan las quebradas del mismo nombre que bajan de la Alta Puna, se levantan cercano al asiento del

caserío precolombino, los villorrios de Toconce, Socaire y Peine, jalones en el antiguo camino del Inca. Desde la prehistoria, los habitantes de ese sector comunican con el norte argentino.

Estos dos sectores que acabamos de delinear, parte integrante de esta vasta región conocida bajo la denominación de Desierto y Puna de Atacama, perteneció a la jurisdicción del Virreinato del Perú hasta el año 1824.

Es en este inquietante paisaje milenario, tierra de silencio, de cumbres y tajos verticales, tierra de impresionante dinámica geológica donde la teogonía indiana se nutría de fuerzas telúricas avasalladoras, que el celo apostólico y evangelizador de los misioneros levantó iglesias y capillas, embriones civilizadores.

2

LAS IGLESIAS Y CAPILLAS

Tanto en las construcciones civiles como religiosas, hay una cierta dificultad en determinar cuantitativamente y cualitativamente, las diferentes aportaciones de las influencias arquitectónicas.

Para una mejor comprensión de los hechos, cabe recordar la pobreza comparada de las colectividades del desierto, libradas prácticamente a sus propios y magros recursos y se verá luego cuán difícil es hablar de influencias arquitectónicas en un sentido total, académico, estético, clásico.

Cabe considerar aquí, nuestra ignorancia en cuanto al contenido iconográfico completo de estas Iglesias en el período colonial y bien podemos pensar en el éxodo de ciertas piezas de valor, lo que ha ocurrido en muchos templos de la sierra peruana y del Altiplano. Nos limitaremos a la descripción llana de estas construcciones.

Una visible diferencia de estilo y sobre todo de tratamiento de las portadas y campanarios, separa a la arquitectura religiosa del desierto de Atacama con la de la actual provincia de Tarapacá, como si el río Loa fijara una línea divisoria entre dos áreas arquitectónicas, como si la influencia del Cuzco allí se hubiera detenido. En Atacama, la influencia

exterior no se define con exactitud; la arquitectura es ante todo de un marcado regionalismo que adquiere originalidad y un sabor singular en la iglesia de Chiu-Chiu; es más autóctona porque menores los recursos; no escapa sin embargo a cierta unidad de pensamiento y ejecución, que emparenta estos templos a ese tipo de construcción religiosa que levanta sus sencillas estructuras en las quebradas cordilleranas y en las mesetas del norte de Argentina y del Altiplano, regiones limítrofes.

El material principal es el adobe combinado con piedras canteadas, generalmente calizas, y este material determina el tipo de estructura: bajo, ancho, simple en sus superestructuras.

Alarifes locales levantaron torres y templos; la línea constructiva obedece a la obsesionante preocupación de los temblores, característica andina. En vano se buscaría un imafrente que superpone columnas de fustes decorados, cornisamentos, frisos, hornacinas y cuya exaltada exornación recuerda la brillante composición de un retablo barroco. Lejos de las grandes fuentes de inspiración hispano-mestizas, las capillas del desierto de Atacama expresan una ajustada interpretación al medio ambiente, amasado en soledad y pobreza.

La fusión hispano-aborígen no se advierte como el resultado de un mestizaje local de formas. La influencia baja del Altiplano, española, y se injerta en una primitiva concepción regional, primitiva por la falta de recursos y la mano de obra indígena, que no conoció a grandes maestros. Hiere la atención la tosca plástica hecha ritmo de la iglesia de Chiu-Chiu, no así la estructura lisa del templo de San Pedro de Atacama; estamos, es cierto, en presencia de dos épocas. Podemos hablar con cierta propiedad, de una expresión arquitectónica regional que se inspira en influencias exteriores, hasta donde la capacidad de recursos locales haya permitido su aplicación.

La desnudez de sus muros interiores de lisos paramentos, la ausencia de portadas trabajadas, la discreta exornación en algunos de sus elementos interiores, la pobreza decorativa de los pocos perfiles en los cornisamentos, comunican a las iglesias y capillas del desierto de Atacama un sello peculiar de humildad, de sufrida resignación. Hay una armonía total entre el adusto ambiente geográfico y esas masas bajas y gruesas de adobes y piedras, en cuyos anchos muros golpea el viento que galopa libre por la llanura.

Una fuerza plástica no exenta de ritmo surge de esas estructuras orgánicas. Los potentes taludes de los contrafuertes que caracterizan a la iglesia de Chiu-Chiu, por ejemplo, envuelven a esa simple arquitectura de tierra adentro, en una impresionante sensación de solidez, a la vez que de una cierta belleza estética a través del movimiento que imprimen al conjunto.

Es interesante observar el aprovechamiento de los elementos regio-

nales de construcciones: adobes, piedras, troncos de chañares y de algarrobo para la techumbre, tabloncillos de cactus para los dinteles y para recibir el barro con que recubren los techos, paja de ichú para la techumbre de las capillas, yeso.

Un empleo más generalizado de la piedra se advierte en la región serrana del río Salado y a orillas del Gran Salar. En cambio, Chiu-Chiu y San Pedro de Atacama, rodeado de vegas, dan importancia también al adobe.

Una obra de mano local descuida el tallado de la piedra, curiosa herencia cunza. Una ausencia de portadas exornadas señala a estas iglesias y capillas y refleja la pobreza regional. Las torres, algo toscas, son sólidas. La espadaña es desconocida, probablemente porque su construcción requiere una técnica y un cuidado que rebasa las posibilidades locales o por temor a los terremotos.

Pero la expresión arquitectónica regional adquiere voluntad en las torres-campanarios, como para realizar y dar fe de un profundo espíritu de devoción y también de emulación. Las diferentes concepciones estructurales de esos campanarios que revelan todos, la importancia que se le ha dado a esas construcciones, consideradas como elementos estéticos, funcionales, justificarían una clasificación de las iglesias y capillas en los desiertos de Atacama, y más al norte, del Tamarugal. Con mucha propiedad, lo ha apuntado ya el arquitecto Sr. Mario J. Buschiazzi cuando dice, al tratar la arquitectura religiosa popular en la Argentina: «En pequeñas capillas, el campanario es un elemento tan importante, que su forma, cantidad y aún la ausencia de él, justifica su clasificación».

La influencia cuzqueña no se advierte con claridad en esas iglesias y capillas, como expresión arquitectónica cercana; la encontramos en algunas torres, cuya base recuerda el dado macizo de los campanarios peruanos. La estructura general tiene mayor afinidad y podríamos decir que hay unidad, con los sectores limítrofes del Altiplano y del Norte argentino, pero con una cierta tendencia a la adaptación local.

Dentro de una cierta unidad estructural y arquitectónica, numerosas variaciones en la concepción diferencian estas iglesias unas de otras; estas diferencias escalonan épocas de construcción, reflejan la extensión de los recursos colectivos y traducen las aptitudes lugareñas.

Un examen de estas iglesias y capillas, destaca a la iglesia de Chiu-Chiu, como uno de los exponentes más interesantes de esa arquitectura religiosa colonial en el desierto de Atacama, y sin duda el más original. Sería difícil encontrar algo más solemnemente armonioso con el medio ambiente, más impresionante dentro de su humildad. Una férrea

voluntad de vencer el tiempo que pasa, emana de esa estructura ancha, sin pesadez, porque envuelta en movimiento. Una severidad mística excluye la fantasía; el arcilla no modela amables motivos; sirve para engrosar muros, envolver la piedra y fijar la línea amplia de las portadas-bóvedas y de los contrafuertes; perfecta nitidez de volúmenes, que acentúa aún más la luz diáfana de las mesetas.

Los documentos rezan que Chiu-Chiu, centro evangelizador de la hoya del Loa, fué erigido en Parroquia hacia el año 1611, la que extendía su jurisdicción sobre Ayquina, Caspana, Toconce y más tarde Conchi; fué puesta bajo la protección de San Francisco de Asís.

Las informaciones recogidas relacionadas con refacciones practicadas en el siglo XIX, permiten conocer su extensión; se limitan a levantar nuevamente algunas masas de adobes contra el muro poniente, reparar el techo y el altar principal y reemplazar el campanario que era de piedra, por la torrecilla de madera que actualmente tiene.

La planta de la iglesia orientada de SE a NW, es la clásica planta de cruz, típicamente jesuíta en los templos de importancia, pero común a las iglesias pequeñas. Sin embargo en Chiu-Chiu, se ha agregado dos recintos hacia el poniente; el primero hace el oficio de baptisterio y el segundo, que comunica con el presbiterio, llena la función de sacristía. Un tercer recinto se levanta a su costado oriente y hace la vez de depósito; comunica desde el exterior. Estos tres recintos forman parte de la planta original.

La iconografía existente abarca un período de poco más de dos siglos. Se destacan un San Francisco de Asís, la «Señora de los Dolores» por su expresión, y por su intenso realismo, el «Cristo de la Agonía», estos dos últimos de madera cubierta de yeso. Los dos ladrones crucificados, interesante trabajo en madera, tamaño medio-natural, revelan una mayor antigüedad.

La vestimenta religiosa es rica; cabe señalar una casulla del siglo XVII, cuzqueña, de real valor. Llama la atención una campana para oficiar del siglo XVII, que lleva una inscripción en holandés, curioso peregrinaje de ciertas piezas de origen desconocido cuya presencia en un lugar, desconcierta. Una de las capillas laterales guarda un muy interesante tabernáculo portátil, barroco, del siglo XVII.

El retablo del altar principal es sencillo; ha sido reconstruido en una fecha muy posterior a la construcción de la iglesia. Un pie torneado en piedra blanca, de un marcado sabor aborigen, soporta la pila bautismal de cobre batido.

Limita el recinto exterior de la iglesia una tapia en la que se abren dos entradas: sur y oriente; los sectores poniente y norte del recinto fueron utilizados como campo santo.

El templo mide interiormente 27 mts. de largo por 5 mts. de ancho

y su nave recibe la luz de dos ventanas semi-ogivales abovedadas. El espesor de los muros alcanza unos 90 cms. y hasta 1.20 mt.

No es atrevido considerar a esta iglesia como el primer templo parroquial, correspondiendo así su erección al año 1610-11. Desde luego las refacciones a que ha sido sometida no han modificado ni la concepción como tampoco su planta y la absoluta originalidad de esa iglesia, nos decidiría a considerarla como el templo primitivo.

La iglesia campea su sólida masa a la vera de una pequeña escarpa que remata abajo en una faja plana y angosta, margen E. del río Loa. Su estructura la diferencia de los demás templos de los oasis atacameños. No es ya el simple rectángulo que ofrece las salientes del crucero. Es una sinfonía de volúmenes de una sorprendente fuerza plástica, a la vez mística y bárbara; una guerrera y funcional concepción medioeval se injerta en la arquitectura religiosa, para formar un total de una rara potencia estructural y orgánica. La belleza de esta iglesia está en el movimiento, en el ritmo exterior; el espíritu religioso anida en la penumbra de sus recintos interiores y en la profunda y sombreada bóveda, puerta principal de acceso a la nave.

Esta bóveda constituye, junto con los contrafuertes que se apoyan en el muro posterior que corresponde al ábside, la parte más impresionante de la iglesia. Se abre en todo el espesor de una estructura maciza, enorme volumen rectangular que forma el frente del templo. Este volumen remata en una plataforma desde la que se eleva, en su extremidad derecha, el campanario de madera. La extremidad izquierda conserva el emplazamiento del campanario gemelo que un terremoto derrumbó y que no fué reemplazado como el de la derecha.

El constructor quiso hacer de esta masa rectangular en el centro del cual se abre la alta y profunda bóveda de cañón, a la vez una base de campanario y una portada; original frontispicio cuya pesadez se ve desviada por la altura de la bóveda y el remate de los campanarios.

La baja y profunda bóveda que se abre en el muro oriente de la iglesia y que hace las veces de portada rústica, reproduce en menor escala, el acceso principal a la nave. Dos enormes machones que se prolongan en todo el espesor del muro que allí alcanza a más de dos metros, reciben los arranques del arco. El frontón reposa sobre gruesas molduras y remata en una cornisa sencilla. Hay una absoluta armonía de concepción entre esa portada baja, gruesa, simple, y la estructura total del templo.

Entre este acceso y el ángulo SE. del muro oriente, mediante un ensanchamiento del muro, suben las gradas exteriores que conducen al campanario.

Los contrafuertes del muro posterior que corresponde al ábside, un ábside sin ventana, enormes taludes de variadas formas, contribuyen a

vigorizar esa sensación de solidez, ese ritmo arquitectural que caracteriza a esta iglesia.

Todos los techos, sin aleros el de la nave, conservan su gruesa capa de barro y la madera utilizada en la sencilla armadura ensamblada sin clavos, es de chañar, algarrobo y cactus columniforme.

Pequeños villorrios indígenas, aislados en sus profundas quebradas abiertas por los ríos Salado y Caspana, los caseríos de Ayquina, Caspana y Toconce se levantan desde temprano en la época colonial, a pocos pasos de las ruinas de los pukaras precolombinos.

El origen de esas capillas construídas por el celo de los misioneros, debe remontar a fines del siglo XVII o comienzos del XVIII, y carecerían tal vez de un verdadero interés arquitectónico, si no fuere, las dos primeras, por las torres-campanarios. Sin embargo, estas capillas, principalmente la de Caspana, constituyen, aunque humilde e ingenuamente si se quiere, una patética expresión arquitectural que traduce perfectamente el aislamiento y la falta de recursos regionales vencida por la fe y el deseo de erigir un templo. Reflejan desde luego ese tipo de construcciones levantadas en faenas colectivas bajo la dirección de un misionero-alarife, que amalgama los recursos de la habilidad local, con una concepción arquitectónica recogida a través de sus peregrinaciones.

Las capillas de Ayquina y Caspana sólo se asemejan por su planta de cruz y su techo de paja. Las dos torres ostentan también dos líneas diferentes.

En Ayquina, la torre-campanario, contigua al muro lateral derecho de la capilla, escalona sus seis volúmenes desde la plataforma de una base cuadrada maciza. Cada tramo o volumen entrante está marcado por una cornisa que acentúa la estructura escalonada. La coronación de la torre: cúpula flanqueada de cuatro pináculos, recuerda los remates cuzqueños. Entre la base y el remate, dos arqueríos superpuestos, se abren en los cuatro costados de la torre, alivianando y embelleciendo esta construcción.

El 8 de Septiembre de cada año, Ayquina celebra fiesta en honor de la Virgen de Guadalupe. Estas fiestas religiosas del norte de Chile, indestructible panteísmo indígena injertado sobre la liturgia catequizante de la evangelización, exteriorizan ritos ambiguos pero de un inconfundible sabor pagano; atávicas tendencias que brotan en pleno siglo XX con la misma fuerza de hace centurias. Las danzas forman el fondo de esas fiestas, persistiendo ese movimiento inspirado en la fuerza plástica que fija y acentúa el desconcertante ambiente telúrico de las altas mesetas.

Estas danzas dan origen a una expresión musical, natural en la forma, cósmica en su fondo, obsesionante en el ritmo.

En Caspana, aldea indígena solitaria que agrupa sus casas de piedra en el alto de un farellón, antiguo asiento del pukara, la capilla y la torre presentan rasgos estructurales que los diferencian de las demás construcciones religiosas del desierto de Atacama.

Apoyado en todo el ancho del frente de la capilla y hasta la altura de los muros laterales, una ancha masa escalonada de piedras revocadas, hace la vez de contrafuerte y de portada. Atraviesa esta masa en toda su profundidad, una bóveda de acceso a la nave, ornada de un arco interior montado en dos recias pilastras acapiteladas. Este frontis es sugestivo.

Un ancho muro rodea el recinto exterior de la capilla. A un nivel ligeramente inferior, se abre el segundo patio o atrio, en cuyo ángulo NE. se levanta la torre-campanario maciza y baja. Su base desnuda, potente, cuadrilonga, recuerda el Cuzco; sobre este fuerte dado algo alargado, se asienta el campanario, volumen cuadrado donde se abren cuatro ventanas arqueadas. Remata el campanario un pequeño cuerpo bajo que sostiene un chapitel de madera cubierto de paja de ichú; cuatro ventanas forman cuatro pequeños arcos en los costados de esa coronación; ocho pináculos se reparten en las esquinas: cuatro en la plataforma superior de la base y cuatro sobre el campanario.

En estas dos capillas y torre-campanarios, el elemento de construcción es la piedra cubierta de barro, originalmente blanqueado a la cal.

Al pie de la alta cadena divisoria de los Andes, el caserío de Toconce enfrenta el abandonado pueblo preincaico, que al otro lado del tajo profundo que abrió el río Toconce, desparrama sus pircas primitivas. Desde el caserío colonial, se descuelga un mundo de andenes de cultivos, herencia cunza, que escalona sus verdes plataformas hasta el fondo sombreado de la garganta. Tierras altas, serranas, severas; país de los cactus columniformes gigantes, que levantan su extraño cuerpo vertical en medio del silencio de las mesetas desérticas.

En la extremidad NW. de una larga hilera de casas bajas de piedra canteada, techadas de paja, y dominando la plasticidad de los faldeos abruptos quebrados en terrazas, se levanta en medio de una esplanada, la humilde capilla de Toconce; es de piedra revocada con barro, sin campanario, sin campanil; dos campanas cuelgan de una viga que sobresale del frontis liso, flanqueado de dos gruesos machones a manera de marco ingenuo. Su techumbre de paja reposa sobre vigas de cactus gigantes. El piso es de laja irregular y el altar de seis pequeñas columnas empotra-

das en la pared, intensifica la humildad ambiente. Su planta es de cruz; dos puertas bajas de vano recto dan acceso a las dos capillas laterales, contrastando con el arco de medio punto que aparece en casi todos los transeptos de las iglesias y capillas del desierto. La imaginería se limita a un San Santiago montado en un caballo blanco; su traje es de gaucho pero sus arreos, de huaso chileno, fusión de los lugares limítrofes.

En las cuatro esquinas del recinto exterior, un pequeño techo de paja de dos aguas que sombrea un poyo, hace la veces de «descanso» en las procesiones.

La única entrada a la esplanada rodeada de un murallón de regular altura, serviría para distinguir esta capilla de las demás. Nítido, un gran arco de medio punto desarrolla con limpieza, la luminosa trayectoria de sus dovelas de piedra blanca. Sobre la clave de este arco que recorta su vibrante trazado sobre el cielo profundo de la alta sierra, un pináculo de inspiración hispano-aborígen, completa esta sencilla y bella composición.

Entre el acceso al recinto y la capilla, se levanta un pequeño calvario compuesto de una cruz de madera sobre pedestal de piedra canteada.

Los cuatro techos de paja en los cuatro ángulos del recinto exterior de la capilla de Toconce, recuerdan la esplanada donde se eleva la solitaria capilla de Conchi viejo.

Estamos en el curso superior del río Loa, que allí corre de norte a sur entre la aislada Cordillera Intermedia y las altas cumbres de los Andes. En una quebrada de la cordillera Intermedia, enfrentando vastas mesetas desnudas y en segundo plano los colosos de San Pedro y San Pablo, se yergue la capilla que fuera levantada durante la explotación minera de vetas cupríferas, hoy abandonadas. Su construcción debe remontar a fines del siglo XVIII o aún a comienzos del XIX, pero su inspiración pertenece marcadamente al mediado del siglo XVIII.

Altos muros de piedras sillares de color ocre, soportan el techo de paja. Contiguo a la pared frontal, única superficie revocada del templo, por el lado de la Epístola, una curiosa torre sexagonal flanqueante, revela una concepción regional; su remate ha sido reconstruido y no corresponde al primitivo. Una escalera exterior de piedra que sobresale del muro lateral, conduce a su plataforma.

La fachada principal en cambio, ha sido tratada con un gusto simple, seguro en la inspiración neo-clásica, pero de ejecución tosca.

Dos pilastras de piedra blanca caliza, enmarcan la puerta; de sus capiteles arranca un rasgo de medio punto. A una distancia de un metro de la puerta, a ambos lados, dos pilastras de piedra, adosadas al muro y cuyos capiteles hacen saledizos, dan claridad y composición a la fachada

principal. Estos capiteles se explayan casi a la altura del vértice del arco. La inhábil ejecución no resta valor a esta concepción ornamental, sobria, de gran interés estilístico.

Dos enormes pilastras cuadradas, de ancho pedestal, flanquean la fachada principal, formando saliente; su cornisamento llega a la altura de los muros laterales. Dos luminosos cupulines de piedra blanca, de gran tamaño y de inspiración hispano-aborigen, rematan estos dos potentes pilares que comunican un interesante ritmo a esta fachada, en cuyo frontón se abre una hornacina, elemento de equilibrio en la composición total.

La planta de la capilla es la de cruz. En el crucero, dos arcos de medio punto abren sobre las dos capillas laterales en cuyo fondo sus altares enseñan un modelado grueso de piedra y barro. El altar mayor es curiosamente barroco y los capiteles de sus columnas salomónicas, tienen un estrecho parentesco con los de la columnata del retablo de la iglesia de San Pedro de Atacama; hornacinas, conchas y un frontón caprichoso, completan este altar que es abiertamente barroco en su intención, algo inhábil en su realización y tosco en su factura; refleja la ausencia de artesano de alcurnia, pero ello no menoscaba el profundo interés que despierta.

Un piso de laja y dos grandes hornacinas que se abren en las paredes laterales de la nave, contribuyen a enriquecer el conjunto de esta capilla serrana que campea su sólida y alta estructura en medio de la desolación de las mesetas solitarias.

De las iglesias de la hoya del Gran Salar de Atacama, la de San Pedro es la mayor, como que es iglesia parroquial. Hay libros parroquiales desde el año 1733, pero existen documentos que atestiguan que el 1.º de Marzo de 1557 era doctrina de indios y tenía iglesia que era servida por el Pbro. don Cristóbal Díaz de los Santos. De la Parroquia de San Pedro dependen las capillas de Toconao, Socaire y Peine.

La capilla de misiones de San Pedro estaba contigua al cementerio; no queda de ella ningun vestigio.

La iglesia de San Pedro no tiene, como la de Chiu-Chiu, esa curiosa plasticidad, ese movimiento sorprendente que equilibra sus masas. Lisa, sobria y simple, presentaría una mayor unidad arquitectónica.

Su planta es la denominada de cruz; la nave tiene 41 mts. de largo por 7,50 mts. de ancho, siendo ésta la nave de mayor tamaño de las iglesias del desierto de Atacama.

Las dos puertas, la del frente y la otra lateral son curiosas; son de una simplicidad absoluta, pero bien trazadas y de feliz proporción; llama la atención el débil almohadillo en las dovelas del arco de la portada principal orientada hacia el N.

La nave y el transepto son amplios; los bien proporcionados arcos abovedados abren sobre las dos alas en cuyo fondo se alzan los altares. Dos otros altares laterales pertenecen a la nave.

El altar mayor es seguramente el único de su tipo en Chile. Su barroquismo se advertiría en el coronamiento del retablo, dividido en tres cuerpos, en las hornacinas y en el número de columnas. En grupo de a dos las columnas se superponen en tres cuerpos que se alzan en composición vertical hasta el frontón rematado por una graciosa cornisa de líneas quebradas. Los fustes lisos de las diez y seis columnas, dan claridad y nitidez a esta sencilla y amplia composición. Dividen los tres cuerpos una gruesa moldura, donde se confunden bases, capiteles y cornisas. Es el retablo original levantado junto con la iglesia en la primera mitad del siglo XVIII.

Adosado al muro lateral poniente, formando una línea con el muro frontal de la iglesia, reposa la base sólida, escalonada en su costado exterior, del campanario. El campanario es de madera y reconstruido a fines del siglo XIX. El emplazamiento aún visible de una base similar en el costado oriente, hace suponer que este templo tenía dos campanarios que flanqueaban la fachada principal, recordando así la estructura de la iglesia de Mamiña (Provincia de Tarapacá).

El material empleado en San Pedro es la piedra y el adobe revocado. La sencillez de esta iglesia tiene cierta majestad; armoniza con el medio ambiente, con la vieja plaza, con las construcciones bajas que la rodean, con el desierto que se detiene a la entrada de los callejones sombreados por algarrobos y añosos pimientos, allá en los aledaños de esta antigua villa.

Al SE. de San Pedro, a orillas de una quebrada fértil y frente al Gran Salar, el pueblo indígena colonial de Toconao se levanta sobre el pueblo prehispánico. En el sector elevado del pueblo, un espacio cuadrilátero casi desnudo, se extiende frente a la capilla, edificio rectangular.

En el centro del cuadrilátero, se yergue el alto campanil que superpone sus tres cuerpos de piedras. Esta torre se diferencia de las de Ayquina y de Caspana, por su construcción alargada que estructura tres volúmenes cuadrilongos; es más esbelta. Una alta ventana de arco se abre en cada uno de los cuatro costados del cuerpo que hace la vez de campanario. Remata esta torre que data de comienzos del siglo XVIII, una coronación cuadrada seguida de un chapitel de madera, remate salteño.

En el extremo sur del Gran Salar, a 20 leguas de Toconao, el villorrio indígena de Peine desgrana sus caseríos a lo largo de una quebrada donde corre un estero. En el otro margen, el pueblo precolombino esparce

sus ruinas sobre la roca y la arena del desierto; el pueblo de hoy enfrenta el pueblo de ayer.

Peine tiene dos capillas; la del pueblo nuevo y la vieja que pertenece a un período muy anterior y que eleva sus muros en medio de las ruinas del pueblo pre-incaico.

La fecha de construcción de la vieja capilla, bien puede ubicarse a fines del siglo XVI. Los antecedentes señalan que se estableció una doctrina de indios en San Pedro de Atacama en 1557 y no es aventurado pensar que la capilla de Peine haya sido doctrina de indios en el mismo período o posterior en algunas décadas. Su posición en medio de las ruinas del pueblo viejo, netamente pre-hispánico es muy sugerente y nos hace creer que se trata de la más antigua capilla del desierto que aún queda en pie. (*)

Ha sido construída con la misma piedra caliza empleada en las viviendas indígenas y en el pueblo viejo de Peine, no hay, con excepción de los restos de una casa que debió servir de vivienda a los misioneros, ninguna habitación que recuerde la influencia española. Los misioneros se instalaron en el pueblo indígena y por consiguiente, el abandono del pueblo y su traslado al otro lado de la quebrada ha sido posterior a la instalación de la doctrina de indios, coincidiendo tal vez con la llegada de algunos mestizos. Hoy en día, la casi totalidad de los habitantes de Peine—unos doscientos—es indígena (como así en Ayquina, Caspana y Toconce), huelga decir atacameños, y la gente anciana habla todavía el idioma original, el cunza, persistencia que revela la vitalidad de ese idioma regional que se identifica con la cultura atacameña, y su importancia en el período prehispánico.

La capilla vieja, de unos 13 mts. de largo por 6 mts. de ancho (medidas exteriores), tiene una forma rectangular, lisa, sin recintos laterales; subsisten sus muros de piedras unidas con argamasas de barro, técnica indígena y el arco de su única puerta de acceso. El techo ya no existe. En su pared posterior, lienzo interior, quedan los restos de un altar y de una hornacina.

(*) Mientras esta capilla no admite dudas en cuanto a su origen y su función, el origen de la gran construcción rectangular de adobes que cierra una de los costados de un recinto despejado en medio de las ruinas del solitario pukara pre-incaico de Turi, no se advierte con absoluta claridad. Su estructura la acercaría más a una capilla de misión que a una construcción de mitimaes peruanos de la costa, levantada durante la ocupación incaica de estos territorios. Dos aberturas en uno de los muros laterales, marcan los dos accesos al recinto interior. Los dos muros piramidales de los extremos, son idénticos: en su frontón, tres ventanas dispuestas en triángulo, recuerdan las aberturas de las espadañas; los dinteles de estas ventanas son de tabloncillos de cactus columniformes. Llama la atención las dimensiones de esta construcción, cuya techumbre de dos aguas y todo el maderamen han desaparecido: mide interiormente unos 22 mts. de largo, por 6 de ancho. El pukara de Turi ha sido abandonado en una fecha desconocida y ningún caserío colonial ha sido levantado en su vecindad.

La capilla del pueblo nuevo, de piedra revocada, sencilla, curiosa con su ancho alero lateral, especie de corredor, se apoya hacia el poniente en una torre maciza, reconstruída de acuerdo con el antiguo molde.

Cabe señalar, para completar la descripción somera de estos templos, la presencia de poyos o bancos de piedra adosados a la pared, colocados, en cada capilla, de preferencia en el atrio, a veces en la nave y en la sacristía.

Las iglesias de Chiu-Chiu y San Pedro de Atacama tienen púlpito, y la plataforma sobre-elevada que corresponde al coro, ubicada sobre el «narthex», existe sólo en Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama y Conchi; esta última reposa sobre un gran arco de medio punto montado en pilas-tras, cuya luz corresponde al ancho de la nave.

En el desierto de Atacama, volvemos a encontrar esa sobriedad arquitectural que distingue a las capillas serranas del norte argentino y del Altiplano; sencillez, austeridad, sabor campesino de tierras altas, y quisiéramos buscar una continuidad arquitectónica entre la estructura funcional de las construcciones cunzas y la simplicidad de estas capillas levantadas a pocos pasos del pukara. Su modelado las incorpora al paisaje tutelar e inquietante del desierto, como ninguna otra construcción podría hacerlo. Es como si sus alarifes hubiesen penetrado intuitivamente en la infinita grandeza de las leyes de la armonía, que también transfigura a la humildad.

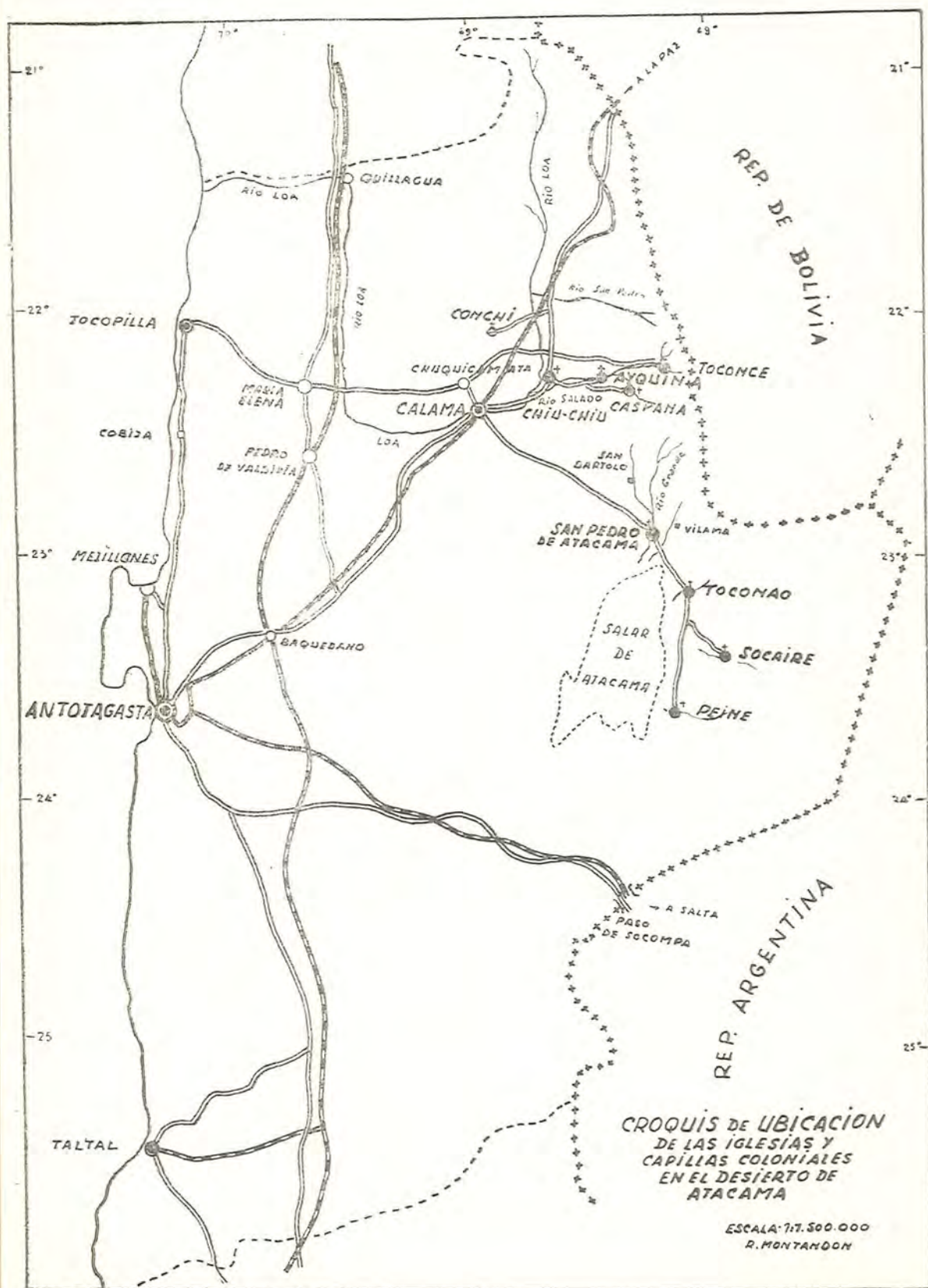
ILUSTRACIONES

MAPA DE UBICACION DE LAS IGLESIAS Y CAPILLAS.

CROQUIS DE LAS DIFERENTES ESTRUCTURAS DE LAS
TORRE-CAMPANARIOS, EN ATENCION A UNA
CLASIFICACION.

PLANTA DE LAS IGLESIAS DE CHIU-CHIU Y
SAN PEDRO DE ATACAMA.

DOCUMENTACION FOTOGRAFICA.

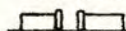


HOYA DEL RIO LOA Y DE SUS TRIBUTARIOS



CHIÚ-CHIÚ

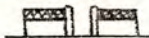
ORIGINALMENTE DOS
CAMPANARIOS



AYQUINA



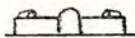
CASPANA



TOCONCE



CONCHI



HOYA DEL GRAN SALAR DE ATACAMA



SAN PEDRO DE
ATACAMA

ORIGINALMENTE DOS
CAMPANARIOS



TOCONAO



PEINE

CAMPANARIOS EN LAS IGLESIAS Y CAPILLAS
DEL DESIERTO DE ATACAMA
SU UBICACION, NUMERO Y ESTRUCTURA
EN VISTA A UNA CLASIFICACION

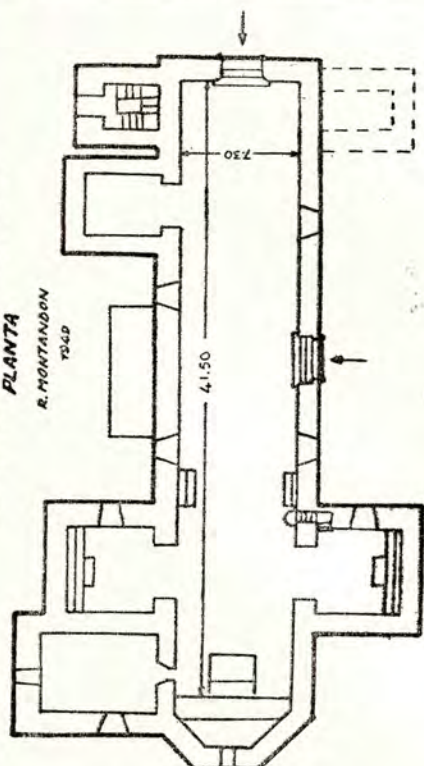


RECINTOS EXTERIORES AMURALLADOS: Es interesante observar que los templos
de la hoya del Gran Salar no tienen
asfáltado, atrio o recinto exterior amu-
rallado. R.M.

IGLESIA DE SAN PEDRO DE ATACAMA

PLANTA

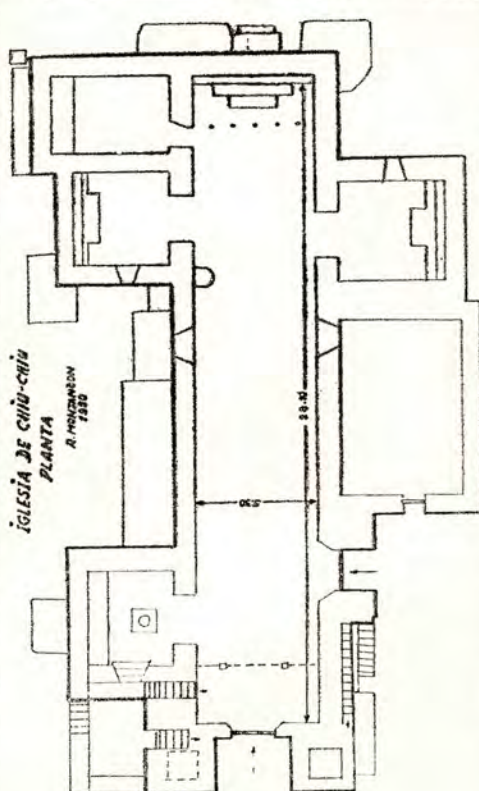
R. MONTANON
1948



IGLESIA DE CHIÚ-CHIÚ

PLANTA

R. MONTANON
1948



INDICE DE LA DOCUMENTACION FOTOGRAFICA

FOTOGRAFIAS DEL AUTOR

CHIU-CHIU

1. La Iglesia.
2. Portada lateral.
3. Contrafuertes del ábside.
4. Nuestra Señora de los Dolores.
5. Tabernáculo portátil.
6. Pila bautismal.
7. Detalle del techo del baptisterio.

AYQUINA

8. La torre-campanario.

CASPANA

9. Callejuela en el caserío de Caspana.
10. La torre-campanario.
11. La capilla; frontispicio.

TOCONCE

12. Paisaje vecino a Toconce.
13. Los andenes de cultivo.
14. La Capilla.

CONCHI

15. La capilla y la quebrada de Conchi.
16. El altar mayor.
17. La portada.
18. Detalle de la fachada lateral sur.

SAN PEDRO DE ATACAMA

19. Valle del Río Grande en la vecindad de San Pedro de Atacama.
20. La iglesia; fachada lateral oriente.

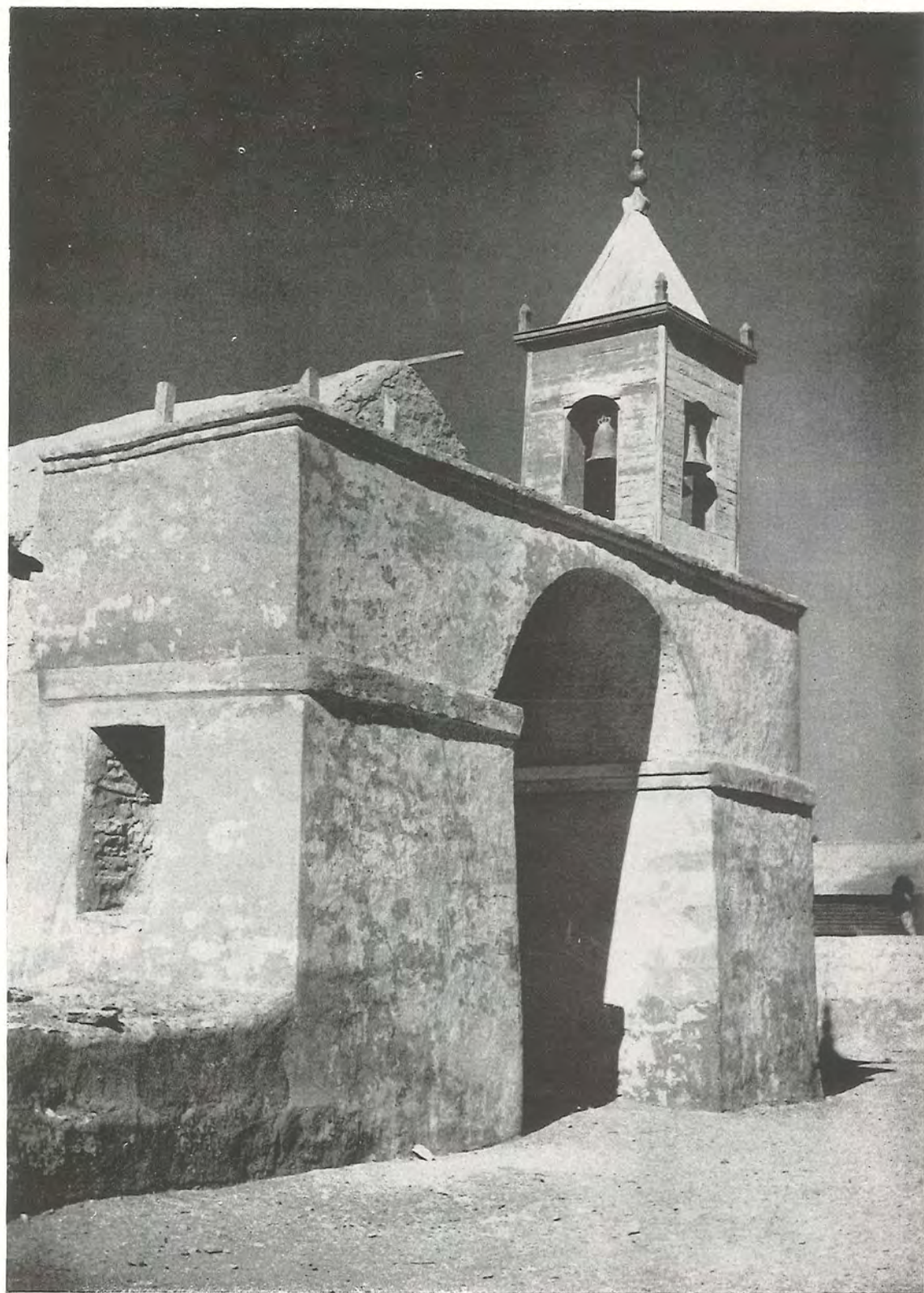
- 21. La fachada principal.
- 22. Portada lateral oriente.
- 23. El altar mayor (cortesía del Prof. Arq. don Alfredo Benavides).

TOCONAO

- 25. La torre-campanario.

PEINE

- 26. Ruinas de la capilla vieja de misiones, rodeada de las ruinas del pueblo pre-incaico.
- 27. Detalle de la capilla vieja de misiones.
- 24. Capilla del pueblo colonial de Peine.





63



62



4



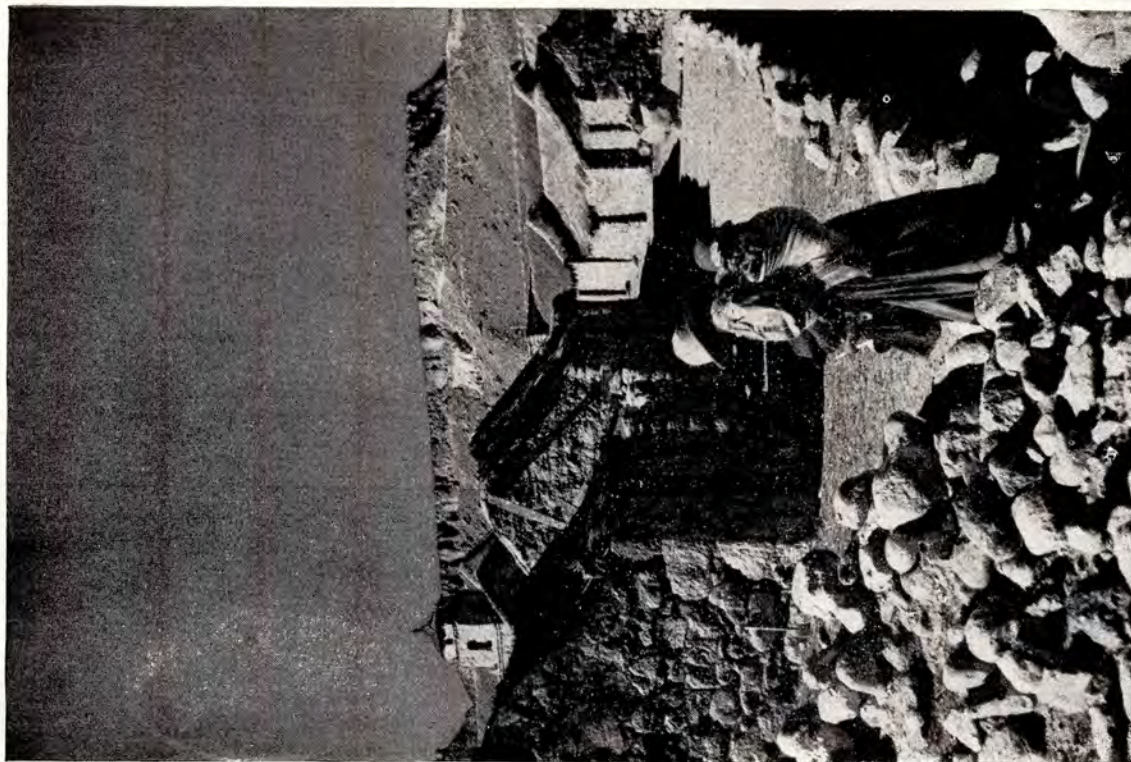
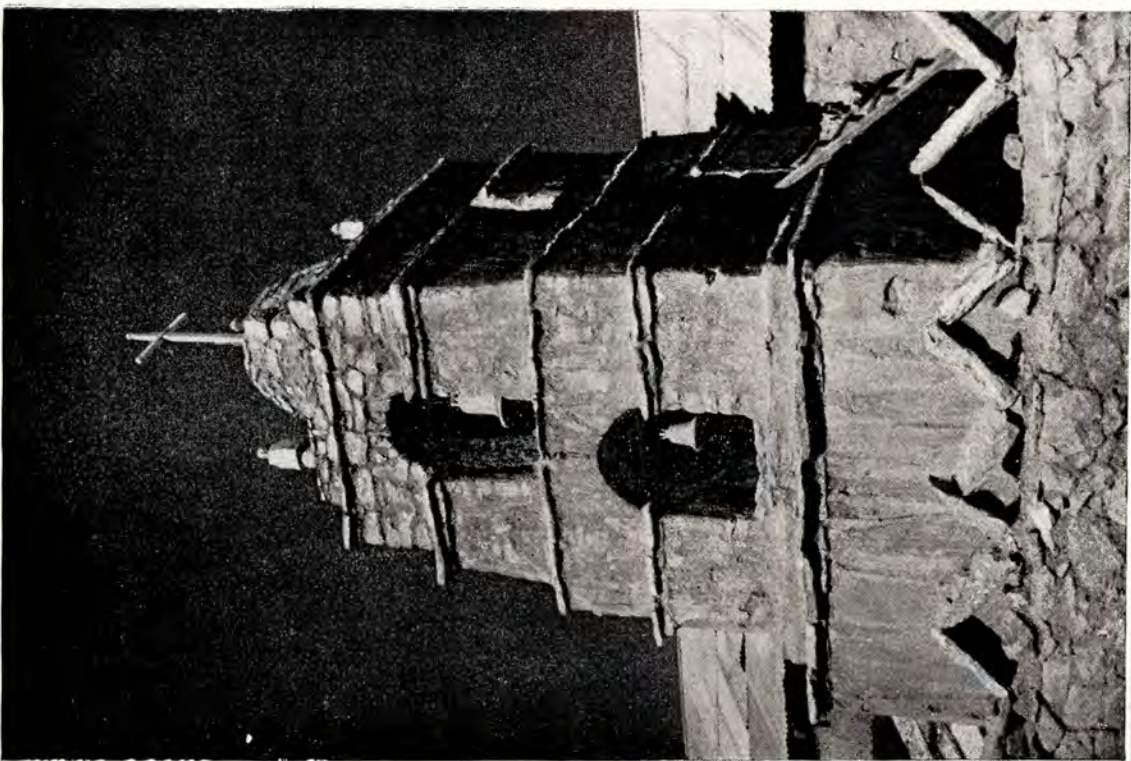
5

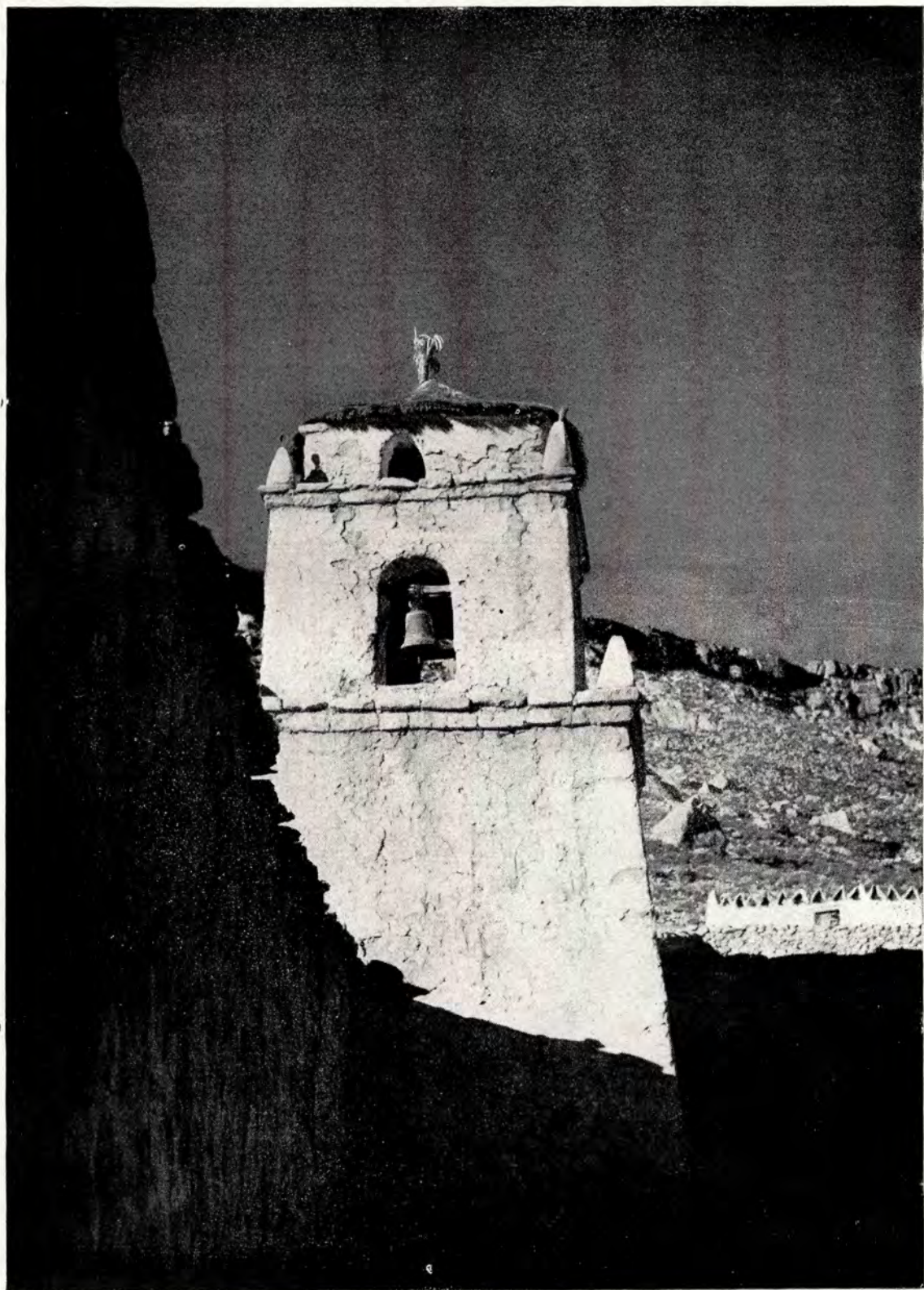


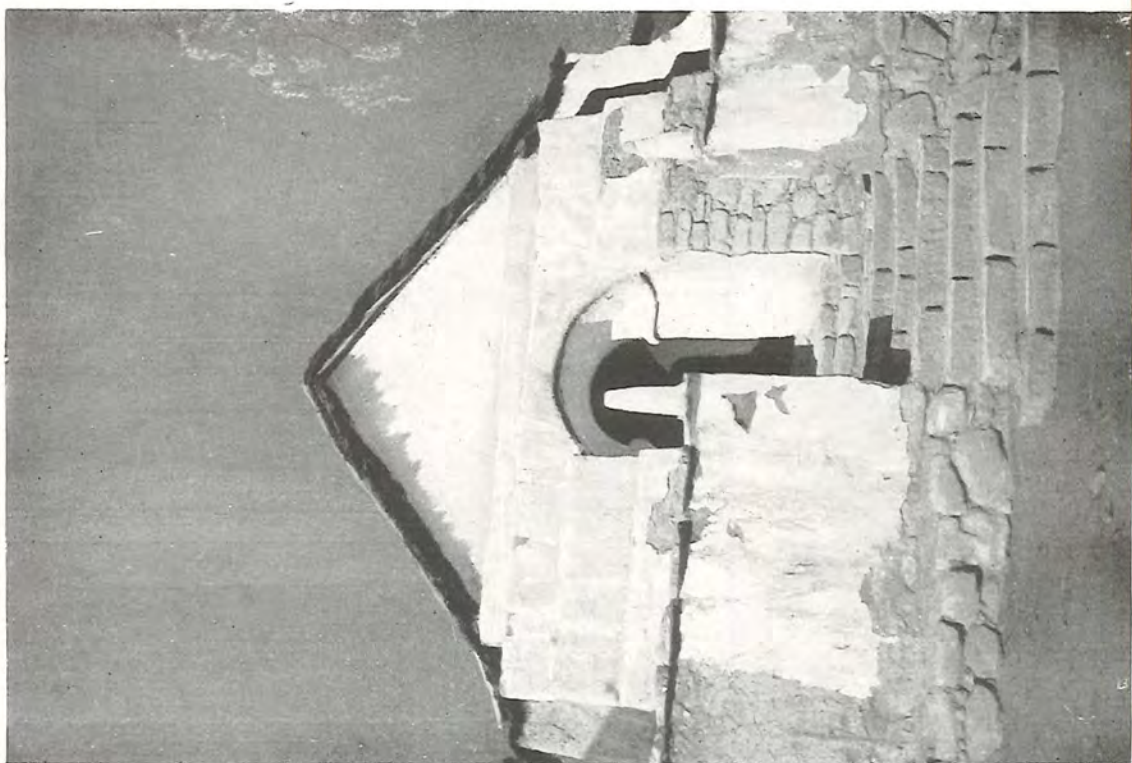
6



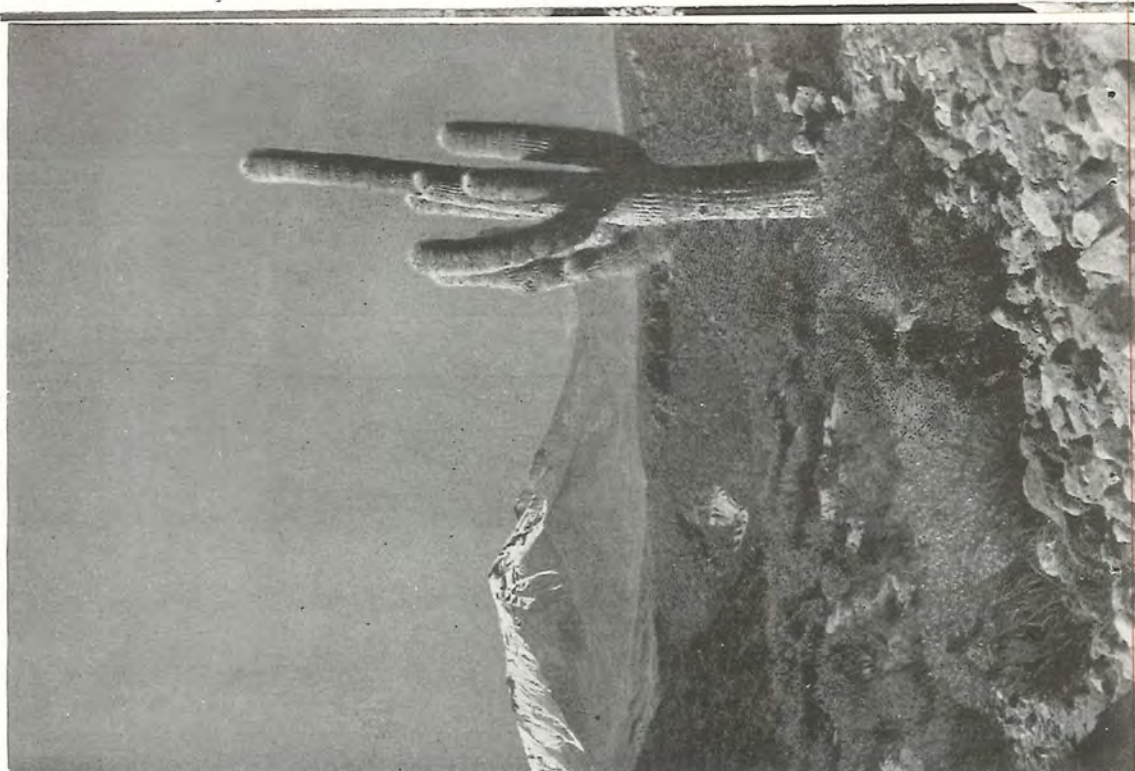
7







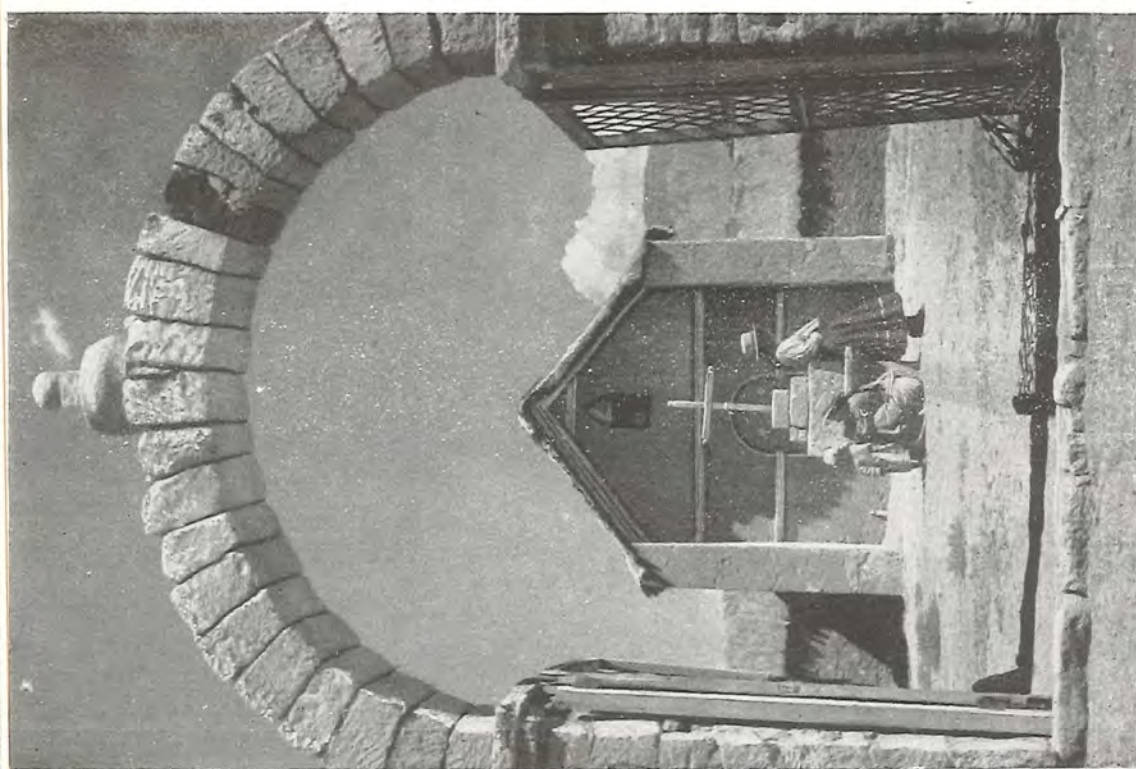
11



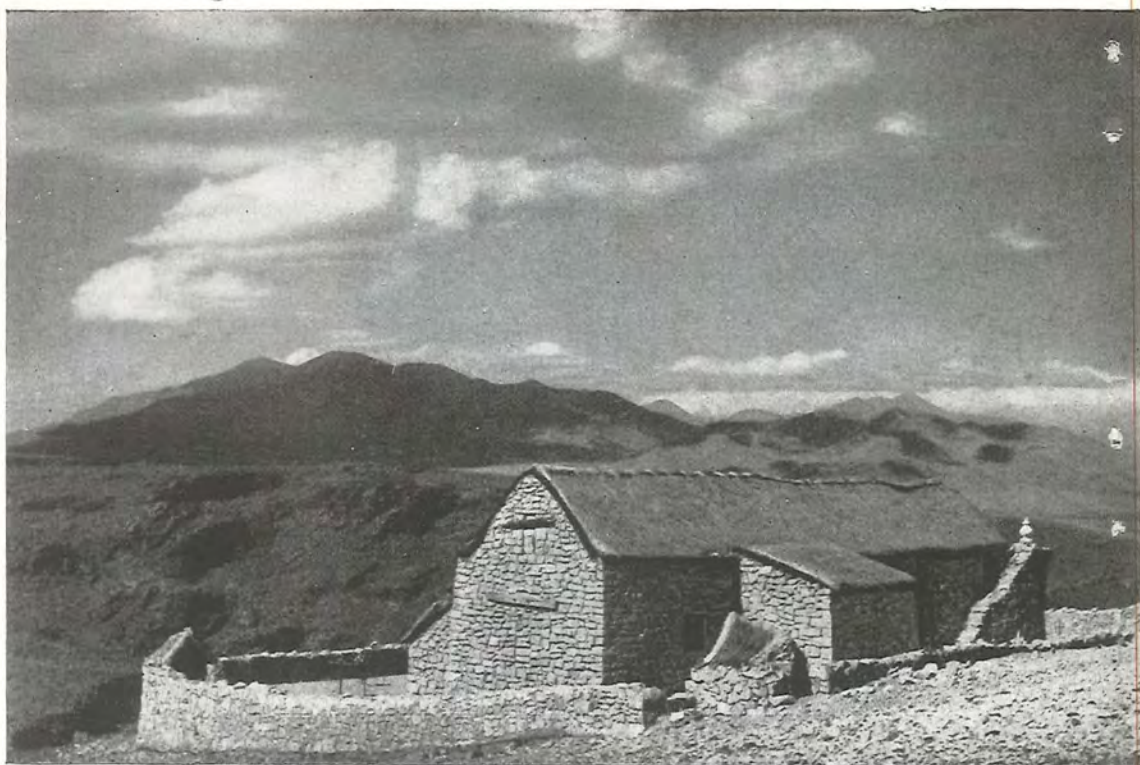
12



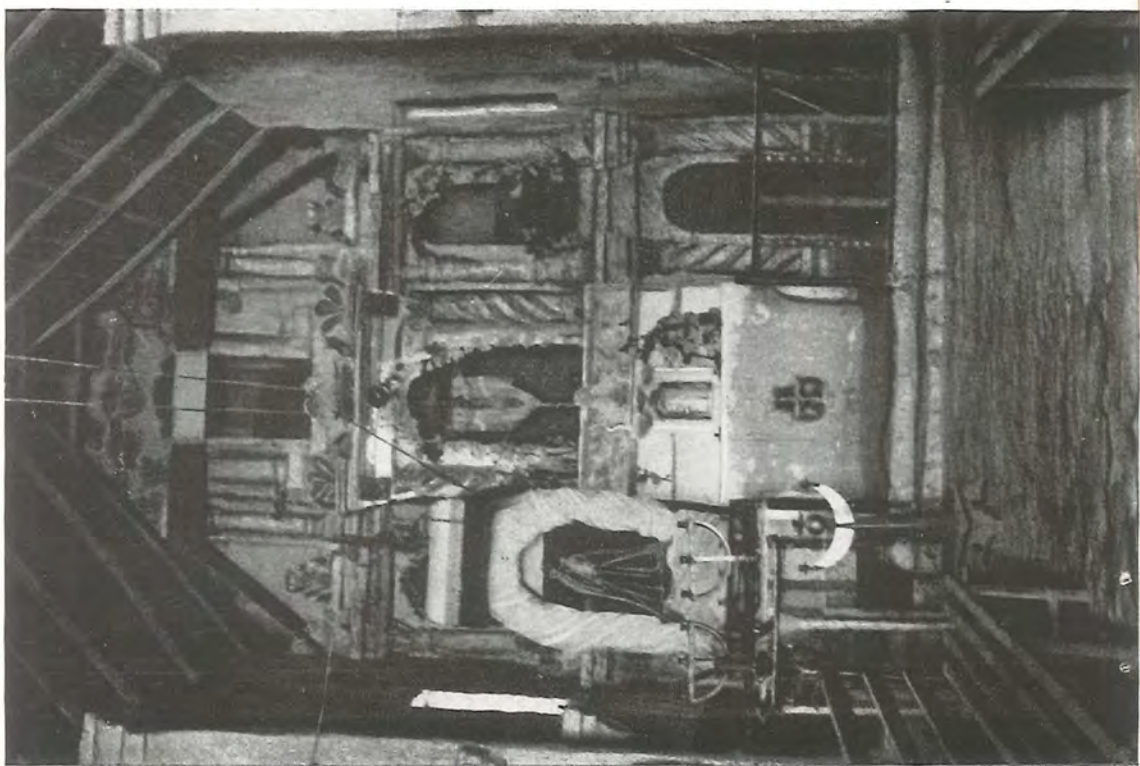
13



14



15



16



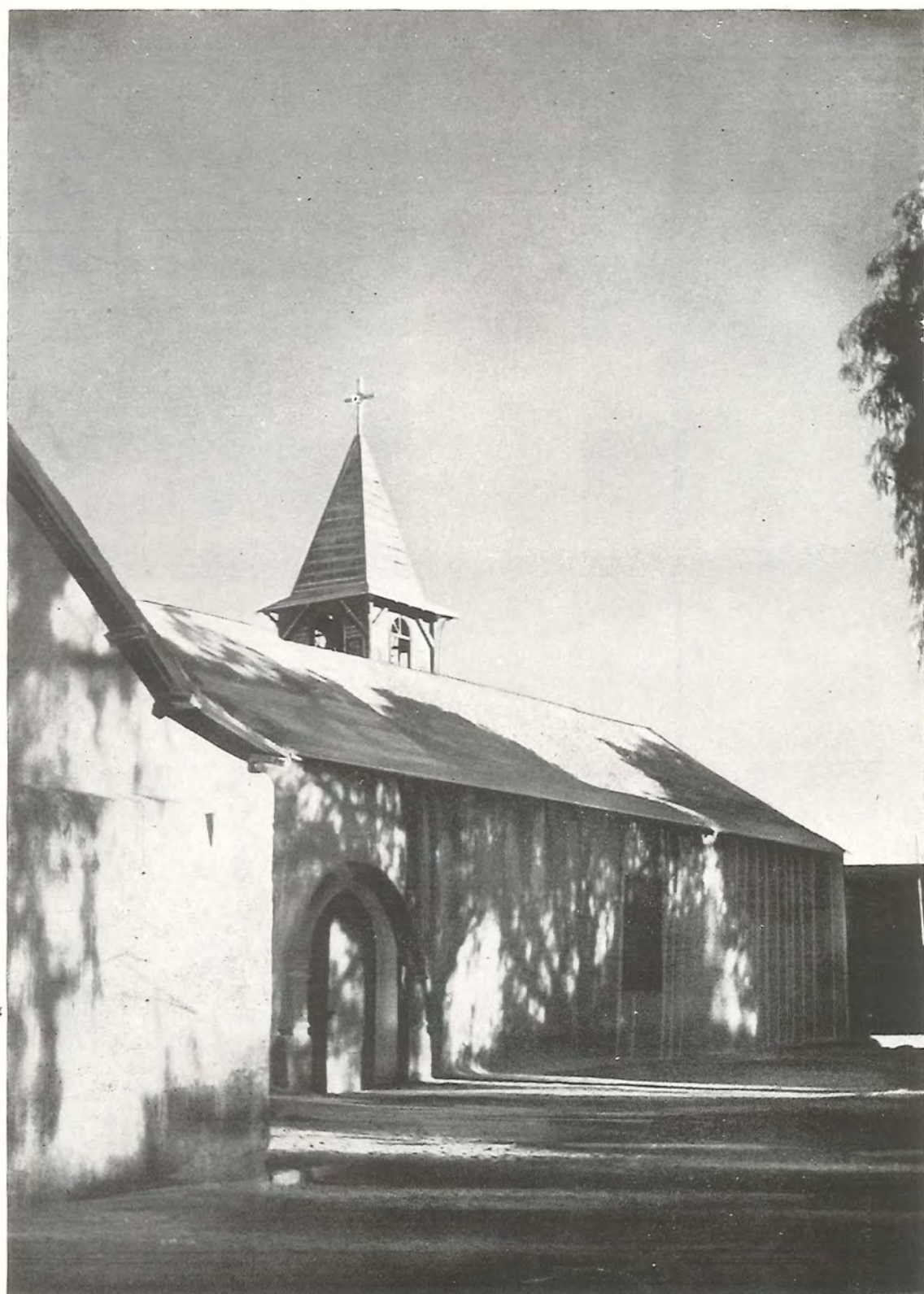
17

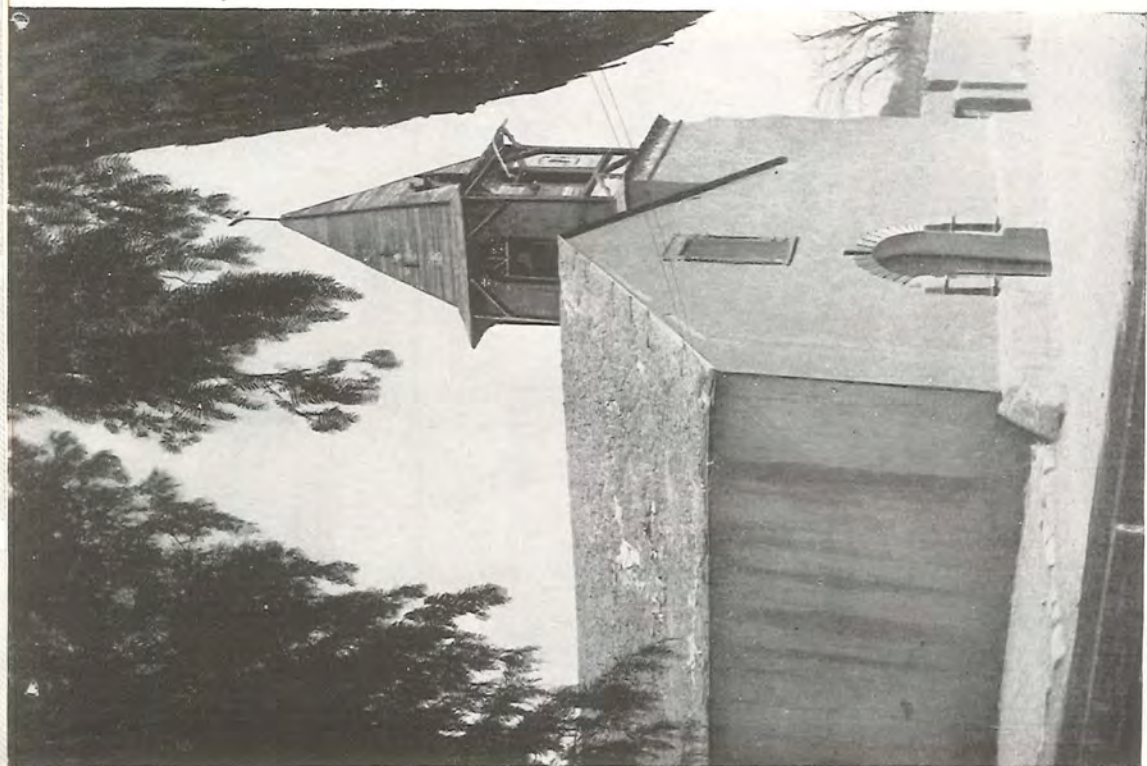


18

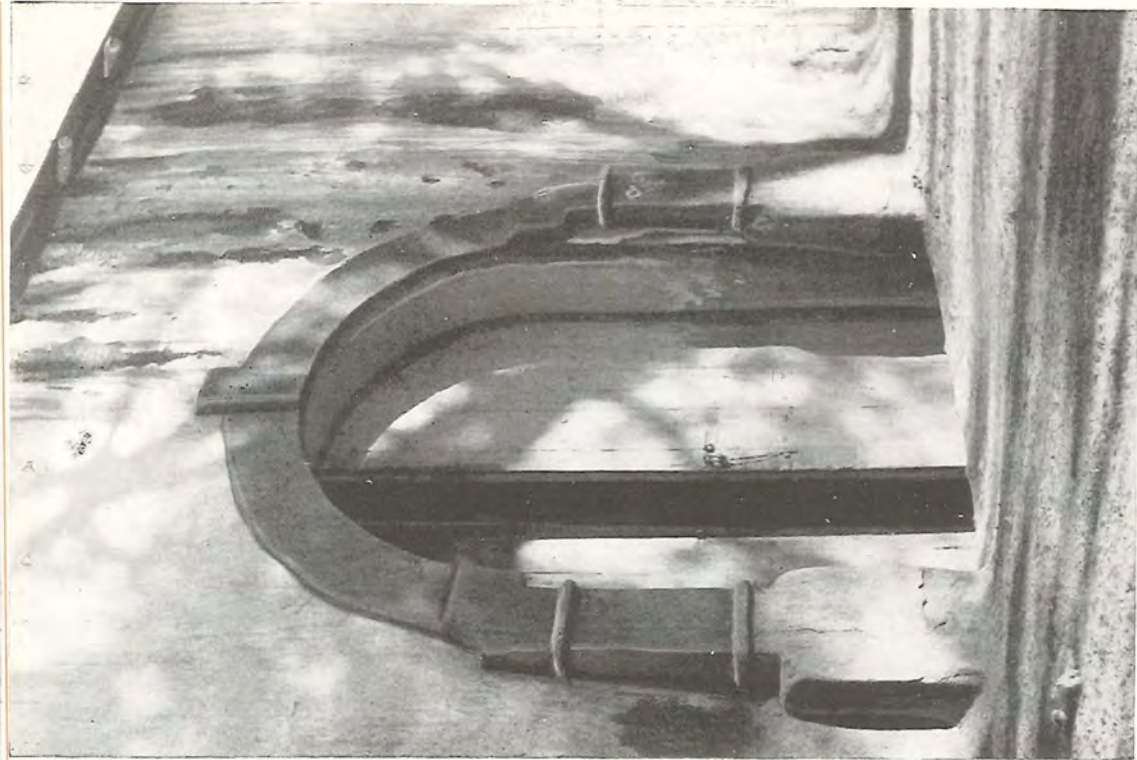


19

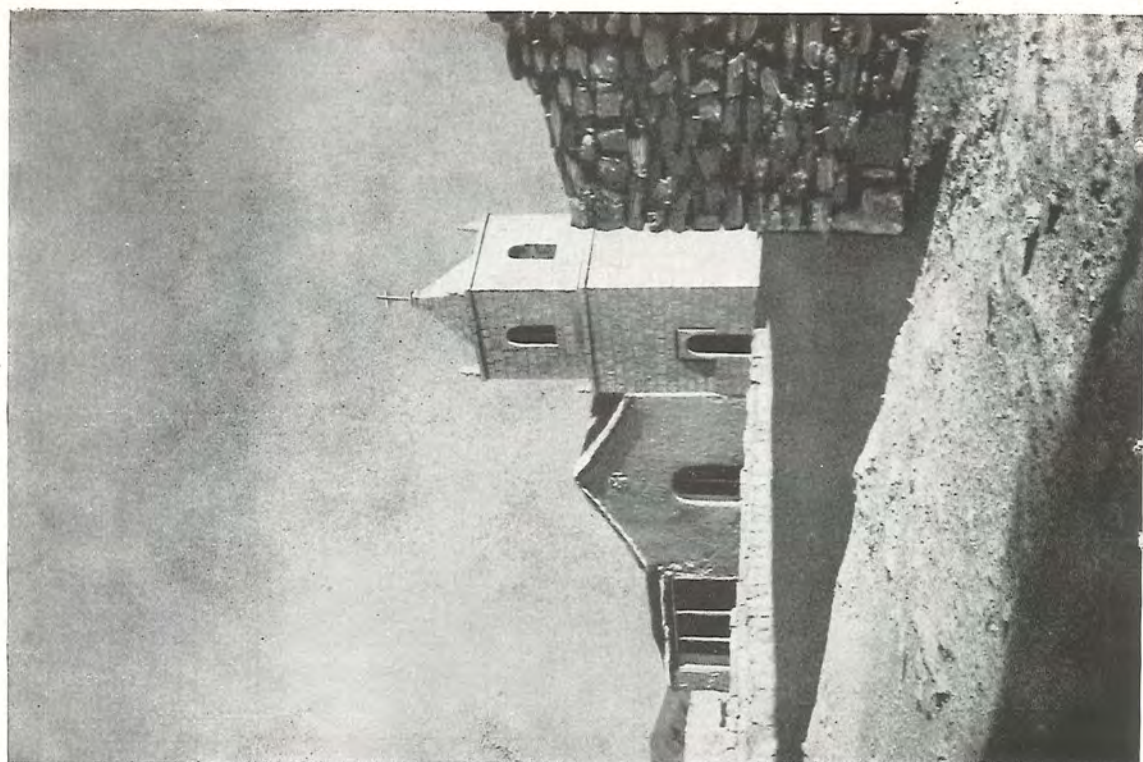
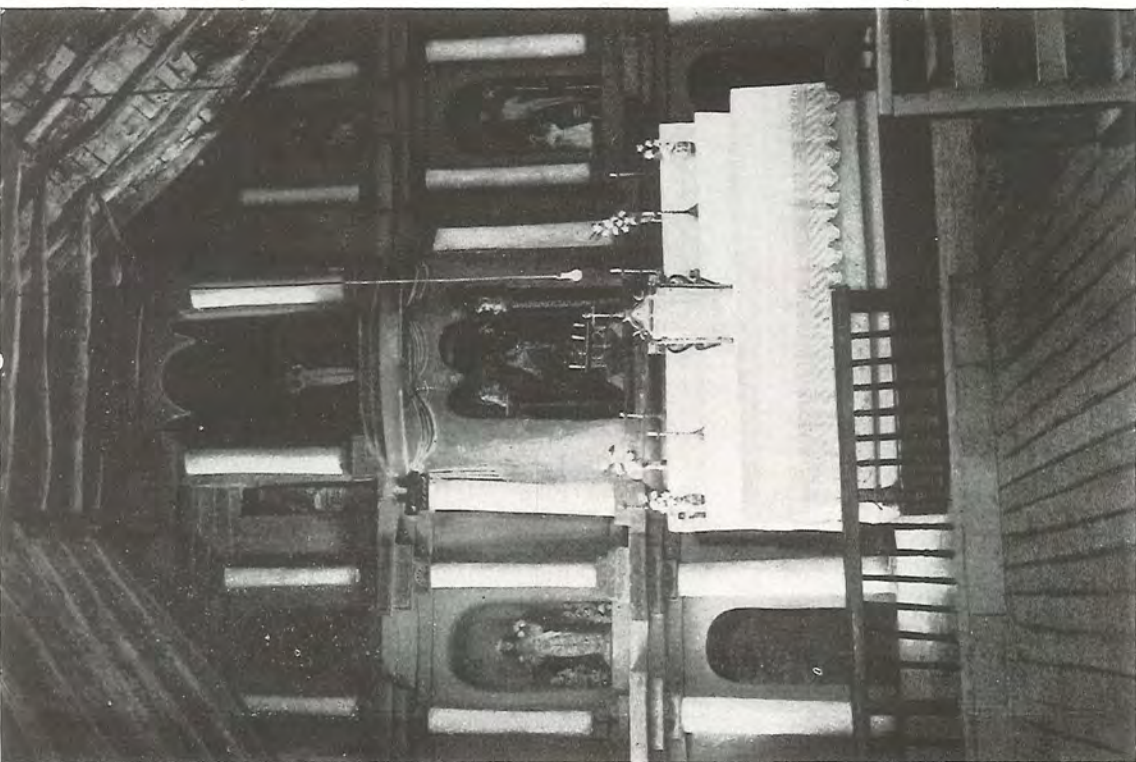


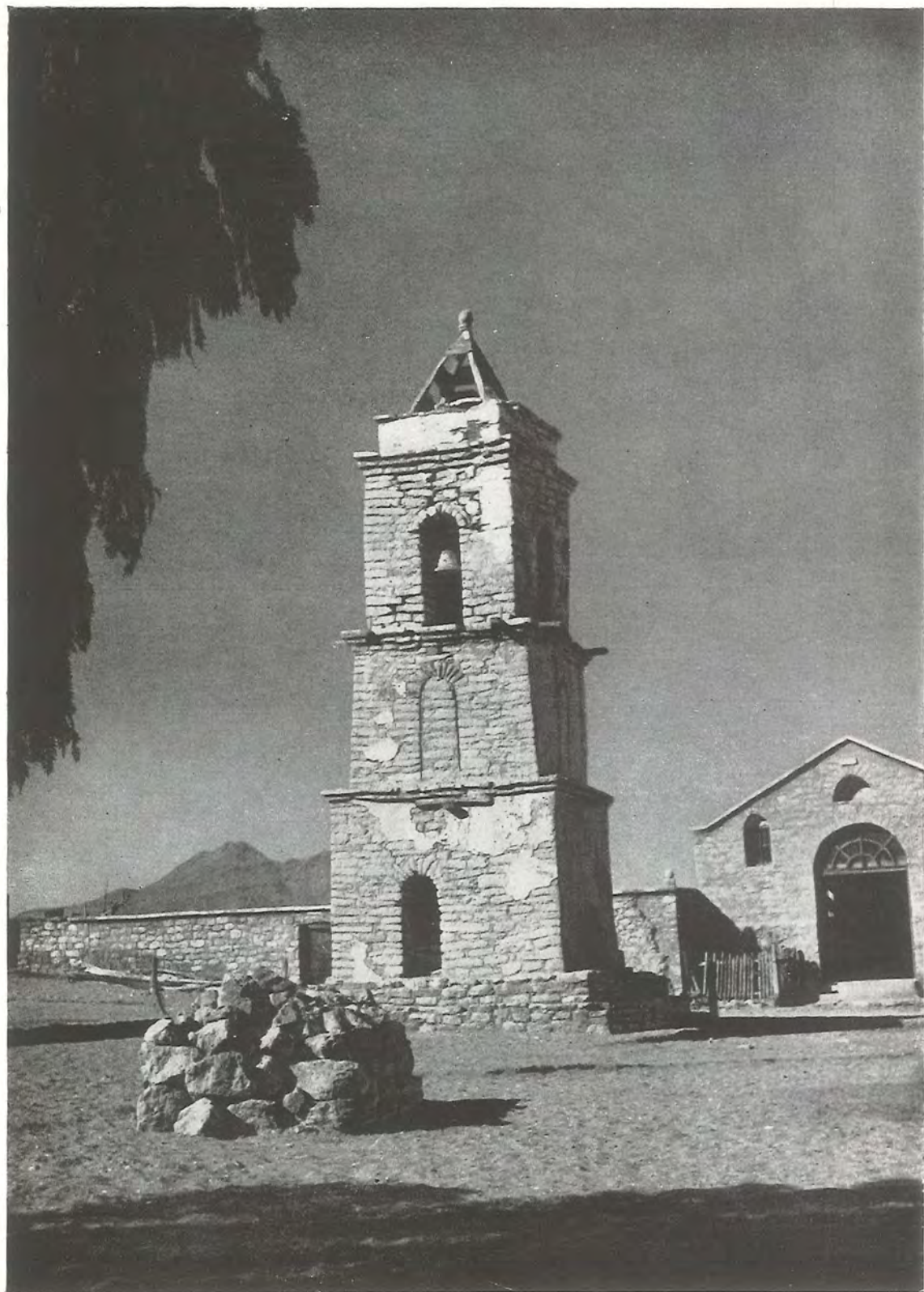


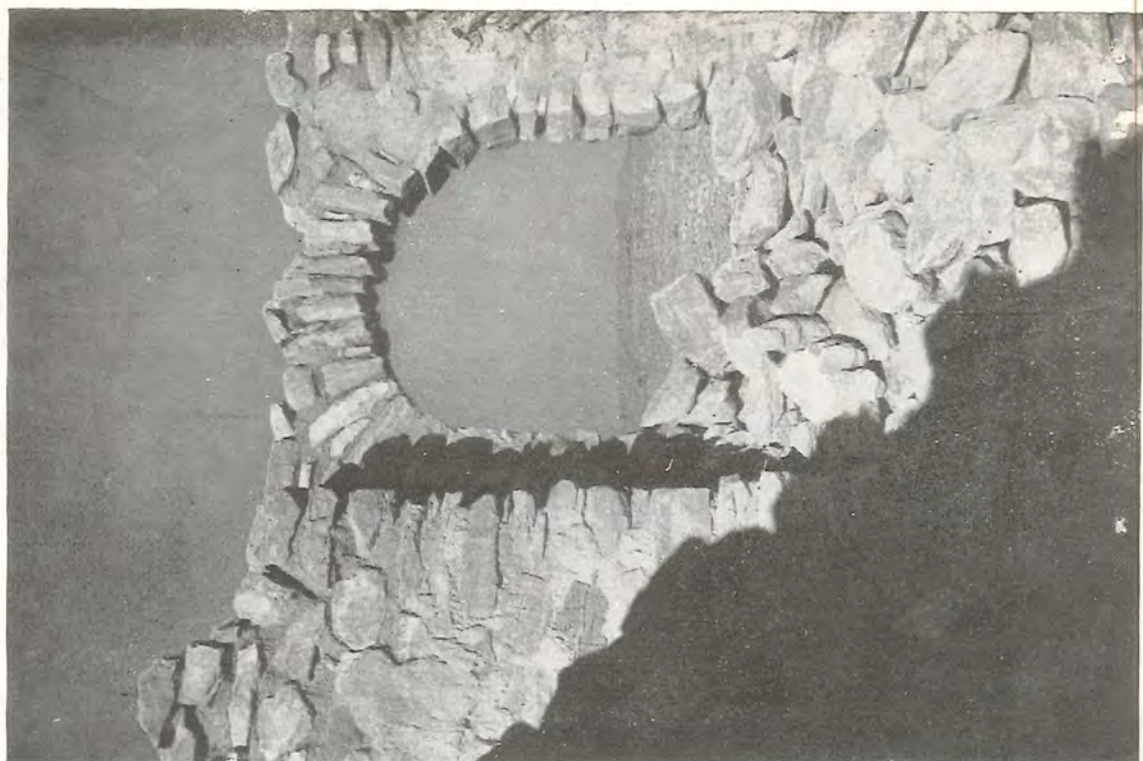
21



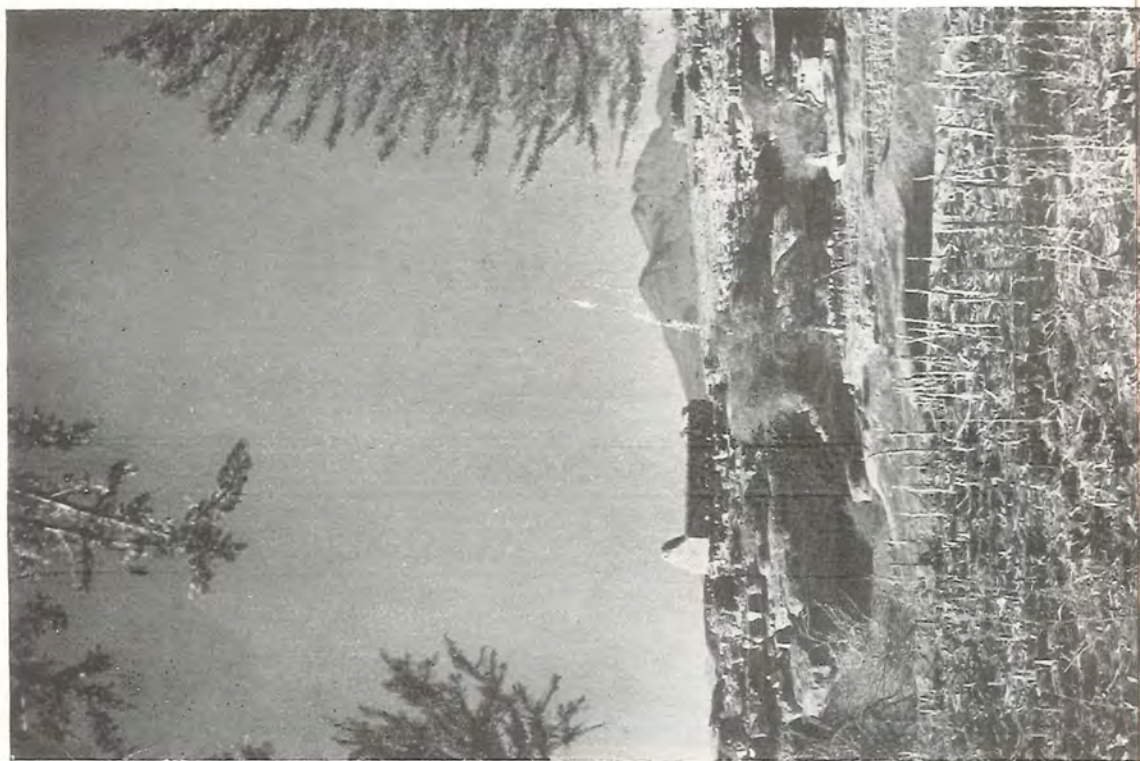
22







24



26